

# EL JUEGO



(HISTÓRICO)

La sed de oro, la ambicion, la necesidad de emociones fuerte; he aquí principalmente lo que motiva, á nuestro humilde entender, eso que llamamos juego. Vemos hombres que dias antes descansaban en blandas y lujosas butacas, yacer hoy en un inmundo pajar, merced á la caridad pública: todo por el juego ¡y sin embargo hay quien juega!

Vemos que niños aun, se acercan al tapete, para adquirir un duro y lo pierden. Tal vez su pequeña pero depravada imaginacion, maquina en aquel momento un plan, que desdice de su nombre y hasta de su posicion: idea su mente una cosa horrible, maquina robar á su infeliz madre, para arriesgarlo de nuevo ante el *libro de las cuarenta hojas*.

A crímenes espantosos, á dramas de familia, no menos tristes, ha llevado el juego; y sin embargo, hoy se juega, se jugaba ayer, y mañana se jugará sin duda alguna... La maldita sed de oro, la ambicion, la necesidad de emociones fuertes, he aquí sus manantiales, he aquí las fuentes de donde dimana... Hechos mil pudieran aducirse para demostrar lo perjudicial del juego; pero sirva de prueba la relacion de uno verídico hasta en sus detalles, y que demuestra lo vergonzoso de ese vicio.

Nos hallábamos en una de las principales capitales de España, cuyo nombre no hace al caso recordar. Hallábase en ella por los años de 1861, establecida una casa de juego; situada en el interior de un piso principal lóbrego y mal decorado, mas parecía una mazmorra que una habitacion. Una mesa larga y estrecha, cubierta de un tapete verde

se hallaba colocada en medio de la estancia. Al rededor de los que tallaban se encontraban multitud de hombres de todas edades Y condiciones, desde el decrepito de 80 años hasta el imberbe joven de 16. Todos jugaban, unos por ver si su peseta produciría ciento, otros por ver si sus millones producian más... Pero llamaba más particularmente la atencion un hombre alto, grueso y de buenas facciones, aunque un tanto encendido el rostro. Parecia hallarse en su casa ó muy próximo á ella, pues vestía bata azul de terciopelo; indicando todo en él, ocupar una de las primeras posiciones de la capital. Sin embargo, en aquel momento se hallaba confundido, y tal vez compartia con la hez del pueblo que, en lugar de entregar el jornal á su familia para comprarse el pan, iba á invertirlo allí, en el delirio embriagador del juego.

Un criado de nuestro capitalista iba depositando sobre el verde tapete, cantidades enormes, que tan pronto como las colocaba á una carta, tan pronto las perdía. El hombre de la bata azul no parecia atemorizarse ni estremecerse ante tan grandes pérdidas; y seguía jugando. Tal vez cuando perdía más, creía volver á recoger lo que antes habia perdido. ¡Infeliz!... El juego continuaba su curso natural, cuando dos jóvenes, cuya entrada en la sala pasó desapercibida, se colocaron á la vista de los que tallaban. Uno de ellos parecia hallarse habituado á aquella lobreguez y aquel silencio pendiente de una carta. El más jóven, alucinado por su amigo, habia penetrado en aquella estrecha mazmorra. Sin embargo no quiso llamar la atencion y acercóse al juego, aunque sus manos no sacaron la menor cantidad para depositarla al albur de una jugada. Sus ojos se fijaron en las puestas de su amigo, como si le interesase su suerte. Chocóle, sin embargo, ver que el hombre de la bata azul perdía cantidades considerables, sin que una vez siquiera la suerte le fuese favorable.

No pudiendo guardar en su pecho esta extrañeza, preguntóle á su amigo, que entonces se hallaba á su lado, cómo aquel hombre perdiendo tan abundantemente seguía jugando... Su amigo hizo un gesto significativo y con sonrisa burlona le contestó: «¡Si es el banquero más rico de la capital!» Como si estas palabras hubieran convencido á nuestro jóven, callóse; y despues de estar largo rato viendo luchar á hombres contra hombres por el vil y mezquino metal, se salió, dejando á su amigo entretenido con su ocupacion favorita. Cuatro años habian pasado despues de lo que se acaba de referir; y

nuestro joven, á pesar de la multitud de ocasiones que por todas partes le cercaban, habia permanecido ejemplar; y concluidos sus estudios, se hallaba al lado de los que le dieron el ser. Y en el mes de octubre, acompañado de un pariente suyo, se paseaba por uno de los lugares más concurridos de la capital de Bizcaya. La noche anterior habia tenido lugar un suicidio de un joven forastero, que muchos atribuían á desesperacion por sus pérdidas en el juego. Las malas consecuencias de ese vicio eran el terna de la conversacion de tío y sobrino, cuando notaron que un hombre, anciano por lo encorvado de sus espaldas y las arrugas de su frente, cubierto de harapos, con el zurron y baston nudoso, acercóse á nuestros interlocutores, que interrumpieron su marcha.—«¡Una limosna por el amor de Dios!» dijo con debil y vacilante voz el mendigo. Nuestro joven, celoso por socorrer al necesitado echó mano á su bolsillo, no sin fijarse atentamente en aquellas facciones que parecian no serle desconocidas.

—Tened, buen anciano, dijo alargándole una moneda..... Pero ¿quereis ayudar á mi memoria para que os conozca? Yo recuerdo haberos visto hace años...—Tal vez (estuvisteis hace años en... contestó el anciano. ¿Frecuentábais acaso una casa de juego en la calle de... ¿No recordais un hombre vestido de bata azul, que siempre se hallaba junto á la mesa de juego, depositando cantidades por manos de un criado suyo? Pues ese era yo, joven, ese era yo.

—¡Ah! sí, ya recuerdo, mas entonces vos nadabais en la opulencia, érais poderoso, érais rico. ¿Cómo así, tan repentina mudanza?

Una lágrima resbaló de los ojos del anciano ante el recuerdo de mejores días, y exclamó:—Joven, el juego y no otro vicio, me ha conducido á la situacion en que me veis. Rico era entonces y podia disponer de grandes cantidades de oro, que invertia en comodidades; hoy no poseo ni la más pequeña moneda de plata para atender á mi subsistencia. Entonces dormia en blando lecho y á cubierto del frio y de la intemperie; hoy más de una vez un abierto tejido es mi cuarto, unas sucias pajas son mi lecho y mis almohadas: Sois joven, aprended de mí, y ni por un momento depositéis la menor cantidad sobre la mesa de juego, porque sois perdido. Entrará en vos el afan de la ganancia y ¡ay entonces!...—¡Dios se lo pague! dijo, notando la moneda que se hallaba entre sus manos, y hundiendo la blanca barba en el pecho, retiróse confuso y arrepentido; porque un hombre se habia levantado de entre los demás, para con su presencia reprenderle su falta...

y sobrino siguiendo el camino de su casa, no sin hacer profundas consideraciones sobre el caso, y proponiéndose extender este hecho para ejemplo y escarmiento de los jugadores.

¡Infeliz de aquel, según dijo el anciano, que arriesga su primera moneda en el juego! El vicio le perseguirá siempre, y desgraciadamente, tarde ó temprano será víctima de él.

Dichoso yo sí, con la relación de este suceso verídico, logro apartar á algunos jóvenes de ese abismo sin fondo que llamamos «juego» y que debiera llamarse «*ruina de las familias.*»

UN BASCONGADO.

## ERLIA TA NI



¿Zer da au? Ezin bota  
 Gañetik erlia;  
 ¿Uste dezu menturaz  
 Naizala loria?  
 Askok esaten naute  
 —Darizu ezta—  
 Ta.... orain pensatzen det  
 Ote dan egia.

ANTONIO ARZÁC

